

Dialogo 'Dos soledades'

Una farola lanza un cono de luz algo excesivo sobre una mesa de parque, de las que tienen 4 bancos en los lados y un tablero de ajedrez dibujado. Hay un hombre jugando con su propio tablero y sus piezas, siguiendo las jugadas de una revista. Fuera del cono de luz, se adivinan sombras de pinos pequeños y se oyen ruidos de ciudad de noche, pero lejanos como si la ciudad se hubiera vaciado.

Aparece un segundo hombre que se acerca tímido. No sabe muy bien qué hacer con sus manos, quizá sea un exfumador, porque gesticula mucho. Se le nota primero dudoso y luego decidido al acercamiento, porque está encantado de encontrarse con alguien.

[Exfumador]— ¡Qué cielo tan lleno de estrellas!

[Ajedrecista]— ¡Pssí!

[Exfumador]— Estos días de calor insopportable, lo que tienen son las noches limpias. Yo venía aquí cuando fumaba, y miraba las estrellas entre el humo de mi cigarrillo.

[Ajedrecista]— Ya, muy poético (mira hacia arriba por un momento, disgustado, como si le hubiera cagado un pájaro en el hombro)

[Exfumador]— Juega usted solo al ajedrez (se sienta, enfrente interesado en el juego)

[Ajedrecista]— Lo intento (nota que ha sonado brusco y cambia de tono). Siempre me ha gustado jugar solo.

[Exfumador]— (ensimismado) El cielo de hoy es como un tablero de ajedrez muy estirado: los cuadros blancos, que son estrellas, se han hecho diminutos y se han separado los unos de los otros, y los cuadros negros lo han inundado todo, bueno casi todo, porque al final lo que miramos son los cuadrados blancos.

(se hace un silencio corto)

[Exfumador] — Lo que no entiendo, y perdona que sea así de directo, es porque juega usted al ajedrez aquí en esta loma del parque y no en su casa.

[Ajedrecista]— ¡No es asunto suyo! (dice pasando al ataque).

[Exfumador] — (no parece darse por aludido, y mirando al tablero dice casi en un susurro) El peón de rey, ahí está la toda la partida jugada.

[Ajedrecista]— (Le mira sorprendido) En efecto, es el dichoso peón de Rey el que lo va a cambiar todo. (Hace dos movimientos, y tumba el rey negro. Deja de mirar el tablero y pasa a mirar al Exfumador con cierto interés)

Vera, le explico, (dice mientras recoge las piezas) con el calor todos los vecinos están despiertos y hacen ruidos de cacharros en sus cocinas; hacen ruidos con sus radios y con sus voces. Podría decirle que así no me concentro en el juego, pero no es eso, es algo ridículo: me recuerdan a los ruidos que hacia mi esposa atareada en la cocina con su radio y su tarareo por las noches, y me paralizo, y no puedo mover ni una pieza.

[Exfumador] — ¿Murió? (el Ajedrecista asiente con la cabeza, y se quedan los dos en silencio mirando al cielo-ajedrez)

[Exfumador] — Vaya, con lo que tiene y he venido yo a distraerle.

[Ajedrecista]— En realidad llevo ausente desde que murió mi esposa (dice como hablándose a sí mismo) ¿Y usted qué hace aquí? Tiene aspecto de tener familia, lo digo por su ropa planchada y bien combinada.

[Exfumador] — Acierta usted, tengo familia, pero hay días que como si no la tuviera. Están todos con sus móviles y nadie parece querer escuchar una cosa importante que les tengo que decir.

[Ajedrecista]— Yo no soy bueno hablando. La que sabía conversar bien era mi esposa. Yo en cuanto me salgo del ajedrez... (pausa), le confieso que soy un cero a la izquierda

[Exfumador] — Bueno, si quiere jugamos una partida, porque en realidad mi noticia tiene algo que ver con el ajedrez

[Ajedrecista]— Bueno, no sé, yo juego mucho solo, imitando partidas, me parece injusto con usted. Pero es difícil encontrar contrincantes en esta ciudad tan vacía y hace mucho que no juego con alguien. Eso sí, le cedería las blancas

[Exfumador] — No hace falta. Jugué mucho con mi padre en la trastienda de la papelería familiar. Mi padre era como usted, un jugador de los de revistas de ajedrez y libros, y yo era más a mi aire. Pero a mi modo llegué

a su altura e incluso le gané las ultimas veces que nos vimos, yo ya recién casado a punto de empezar en el Ministerio donde aún trabajo.

[Ajedrecista]— Pues sorteamos las piezas como es la costumbre. ¡Ah! Y podemos repetir estas partidas otras noches, ¿mañana, si le viene bien?

[Exfumador] — Mañana me va a venir perfecto.

[Ajedrecista] — ¿Y qué es eso tan importante que quería contar a su familia?

[Exfumador] — Me he decidido a dejar el trabajo en el Ministerio y quiero abrir una papelería de barrio como la que tenía mi padre, porque esos días jugando en la trastienda entre cliente y cliente, fui muy feliz. (sortean las piezas en silencio, y las colocan en sus posiciones precisas, como si lo hubieran hecho toda la vida)

[Ajedrecista] — Al final juega usted con las blancas (sube la mirada al cielo y se para por primera vez a verlo). Ahora veo que lleva usted razón con eso de las estrellas y el ajedrez. (Empiezan a jugar. Se apaga la farola del parque)

— FIN —